XXVII

ARTE ANTIGUO

En ese Palacio chico que se lleva la palma de la arquitectura y que todos citan como modelo, está alojada la exposición de arte retrospectivo francés, la cual comprende todas las épocas, desde las primitivas hasta principios de nuestro siglo, deteniéndose con suprema coquetería en el mejor momento, el más nacional, el período dieciocheno, en que Francia expresó plenamente, por medio del arte, sus eminentes cualidades de buen gusto, de cultura y de elegancia.

Forman las colecciones del Palacio chico un Museo riquísimo y completo. En muchos años, Dios sabe cuántos, si es cierto que esta Exposición universal va á ser la última, no se verán ya reunidas las preciosidades que aquí se han juntado. Dispersas en arrinconados Museos de

provincia, ocultas en tesoros de catedrales ó de iglesias de villorrio, se necesitaría viajar largo, y por sitios poco atractivos, para admirar á costa de gastos y fatigas lo que aquí se puede ver en tres horas y por el precio del ticket de entrada, que estos días ha subido (no hay que asustarse) cinco céntimos. La inteligencia de los organizadores no perdonó detalle, y por la acertada disposición del edificio, la mucha luz y la hábil colocación de los objetos, es fácil su estudio; no se sufre ese género de mareo ocasionado por los Museos de salas demasiado extensas, con escaleras interminables, de pesadilla, que rinden el cuerpo y preparan mal el espíritu al goce de la belleza.

El Museo del Palacio chico es racional: todo á planta baja. Numerosos bancos permiten reposar de tiempo en tiempo. Es preciso fijarse en este sistema para no incurrir en construcciones molestas, que dejan al que las visita y recorre como si le hubiesen administrado una paliza. En los Museos, el que siente algo, el que percibe lo hermoso, gasta energía, pierde fluído, y á las dos horas está medio muerto. Doble necesidad de hacer Museos cómodos, rientes, sin tanta escalera y escalinata y pasillo y vestíbulo que no se acaban nunca, con asientos que permitan reposar y consultar el catálogo ó tomar notas, ó detenerse quince minutos frente á la obra predilecta.

En hueso y marfil, dípticos, trípticos, espejos, arquillas, estatuitas; en hierro, espadas, armaduras, llaves, cerraduras, cerrojos, facistoles, verjas; en bronce y cobre, ídolos y utensilios; en cerámica, cacharros, lozas, porcelanas; en talla, arcones, contadores, sillones, sillas de coro; en cuero repujado, cofrecillos y encuadernaciones primorosas; en orfebrería, las bárbaras joyas de la época de Carlomagno y Meroveo, los cálices y copones, incensarios y cruces procesionales, de arte más refinado ya; los relojes, estuches, cajitas y monerías del pasado siglo. En tapices, muestras de la fabricación francesa de Arras, los Gobelinos, la Savonnerie, Beauvais. En la especialidad nacional del esmalte relevado y plano, lo infinito, de Limosín, de Limoges, de otras marcas célebres. En monedas y medallas, un caudal. En miniaturas sobre vitela, códices iluminados y misales, algo muy hermoso, aunque no comparable á lo que he visto en el palacio de Chantilly, y que considero lo mejor de cuanto puede verse en su género.

Esta riqueza aparece perfectamente clasificada por orden cronológico y por materias; la Edad Media, el Renacimiento, los reinados de Enrique IV, Luis XIII, Luis XIV, la Regencia y los estilos característicos Luis XV y Luis XVI, se agrupan con armonía en salas especiales. Alguna de ella tiene el encanto de hacernos olvidar que estamos en un Museo y creer que nos hemos sentado á esperar que pase la corte en algún saloncito de Trianon.

A la entrada del Palacio, lo primero que vemos son las armaduras procedentes del Museo de Artillería y los tapices facilitados por el

opulento guardamuebles de París. Trineos y sillas de manos lucen sus dorados, sus tallas, sus forros de seda *capitonés* y sus alegorías mitológicas. De sala en sala, como no todo ha de citarse, noto lo que más me sorprende ó lo que despierta recuerdos históricos más vivos. Y en este número se cuentan las inestimables joyas de arte, expuestas por diferentes miembros de la familia Rothschild, que es una dinastía de coleccionistas, en quienes la inteligencia se eleva á impulsos de la palanca más poderosa: el dinero.

Los Rothschild no compran sino lo muy bueno, lo muy artístico, lo muy raro, y, por consecuencia, lo carísimo. No amontonan. Escogen, fundados en el seleccionismo del millón De España se han llevado curiosidades únicas, por medio de Salcedo quizás.

Aquí descuellan, entre un sinnúmero de esmaltes, dos cofrecillos de Alonso Rothschild. Son dos maravillas, una decorada con amorcillos, puro Renacimiento; otra de asunto religioso, gótico. Los remates de bronce de las dos cajas no desmerecen del esmalte. No llegan, sin embargo, estos cofrecillos al célebre esmalte cocido por "Godofredo el Plantageneto", y que es un retrato esmaltado de este paladín, pieza soberana, expuesta, creo, por primera vez. De la cerámica de Oyrón, de la cual se conocen en el mundo contadísimos ejemplares, los mejores—recompuesto alguno de ellos mañosamente—los Rothschild los apandaron. Por un cacharrito, una copa ó una jarra de esa loza

que no se encuentra, pagaron cientos de miles de francos, sin regatear. Argumentos de tal naturaleza convencen siempre.

"La Baronesa James de Rothschild presenta, en una vitrina, sólo veinte cajitas de rapé. Pero ¡atención! esas veinte cajas no tienen rival. Son las mejores, con gran diferencia de todas las cajas de rapé que existen. La Exposición está salpicada de cristaleritas atestadas de cajas de Luis XV y Luis XVI. Las hay en los Museos centenales, en gran número, y muy bonitas. Sin embargo, el que quiera saber qué es canela, mire las de la Baronesa Rothschild. No porque alguna esté toda incrustada de pedrería; por su valor artístico é histórico. Entre ellas se cuenta la famosa de Versalles, de esmalte translúcido. Las más interesantes fuentes de Bernardo de Palissy, el alfarero genial que trajo á Francia las corrientes italianas, de los Rothschild también. Es preciso apuntar en la cartera, á la inglesa y en estilo telegráfico: "Si vuelvo á París no omitir visitar colecciones Rothschild."

Los retratos de damas en las salas de Luis XV, no me parecieron muy notables. Son bonitos y delicados, porque bonita y delicada es en general la época á que corresponden. A algunas de estas damas, y no las más hermosas por cierto, les colgó el pintor á la espalda las alitas de Cupido. De los muebles de Boule hay que decir que son exquisitos. La sala, con sus retratos de empolvado pelo y guirnaldas de rosas, con su mobiliario Pompadour, parece que sólo espera

á que se enciendan las bujías para el sarao. Y causa extraña impresión ver, en una vitrina, la cabecita de María Antonieta, un busto en mármol, cortado por el cuello. ¿Es casualidad? ¿Es que alguien, á propósito, no bastándole la guillotina, decapitó en efigie á la desdichada reina?

De las esculturas del siglo XVIII, me fijo en un busto de Houdon, el de su hija Sabina; en una estatuilla de Voltaire, parecido á un simio con peluca enorme de rizos y gorro ruso de piel (éste sería obsequio de su amiga la Semíramis del Norte); en una soberbia cabeza, de barro, muy realista, de Falconnet; en los deliciosos grupitos de Clodion; en la sorprendente y enérgica testa de Barnavè, de Houdon también; y aun después de haber contemplado las veinte cajitas de la baronesa, me atrae una cristalera que contiene cien *carnets* ó libretitas de baile del siglo XVIII. Cuando pienso en el carácter de vulgaridad que nosotros hemos impreso á ese objeto, tan poético por su destino, en el cual á veces, con el número de un vals inscribe la mujer la ilusión de su vida entera, me admiro de la gracia y la riqueza de imaginación del siglo que creó esas cien fruslerías seductoras, todas diferentes, con emblemas, rótulos y dibujos alusivos al amor.

En abanicos no veo nada que me asombre, á pesar de que expone Enrique de Rothscild. Un reloj muy singular: es un órgano, y tiene al pie una orquesta de monitos y de muñecos de porcelana. Su caprichosa traza se explica al saber que perteneció á la duquesa de Maine, la antojadiza, la insaciable de distracciones, de cosas nunca vistas y con las cuales engañaba las ansias de la no satisfecha ambición.

Si me entretuviese en repasar los marfiles, no acabaría. Citemos uno, divino, el díptico gemado y dorado del conde de Valencia de Don Juan.

Este marfil diminuto se come á todos los expuestos; al díptico consular romano, al celebrado *Bautizo de Clodoveo*, á la gran Virgen cromada y al sentidísimo grupo de la Anunciación, la Virgen y el Angel, divorciados ayer, existentes en Museos distintos y hoy reunidos—(á mi desautorizado parecer, lo primero no es verdad, y el Angel no corresponde á la Virgen). Y como sólo he de citar obras maestras, recomiendo el pie del candelabro de Saint Remy, la gran arca de reliquias de Evreux, el pie de un cáliz (la copa es nueva) y la colección de llaves de un señor Doisdeau, que debiera llamarse San Pedro, porque si el cielo tiene llaves, esas serán. No compite la exposición retrospectiva del Palacio chico con la nuestra de Madrid, del centenario de Colón, porque aquélla reunió el tesoro de España, y en eso, como en el Museo de pinturas, conservamos la primacía aún; pero... descontemos aquel conjunto de maravillas que recordarán siempre los aficionados extranjeros como se recuerda un sueño desvanecido.